

# Primera Promoción de la Escuela de Medicina de la Universidad de Oriente: un valioso testimonio

Dinorah Betancourt Ferrer

29

Pertenezco a la Primera Promoción de la Escuela de Medicina de la Universidad de Oriente de Santiago de Cuba, segunda de su tipo creada en el país, y cuya primera graduación se efectuó el 24 de septiembre de 1967, por lo que en 2022 estaremos celebrando el 60 aniversario de la fundación de la Escuela de Medicina y el 50 de su primera graduación. Puedo afirmar que llegar hasta ahí solo fue posible gracias a las condiciones creadas tras el triunfo de la Revolución de enero de 1959 que permitió a jóvenes de extracción humilde como yo realizar ese sueño. Muchos son los recuerdos de esa etapa de mi vida que afloran a mi mente, por razones obvias, solo me referiré, de forma breve, a algunos de los más entrañables.

No se comprendería cabalmente el extraordinario significado de haberme recibido como médico de esa promoción, si no hago una breve referencia a mi procedencia social. Nací en Santiago de Cuba, el 15 de mayo de 1939, de padre sastre de oficio y madre costurera de pantalones en la casa. De todos mis hermanos, fui la única que pudo continuar estudiando tras vencer considerables obstáculos. En el curso 1956-1957, ingresé al Instituto de Segunda Enseñanza Santiago por matrícula gratis concedida a los aspirantes de muy bajos ingresos. Allí participé en manifestaciones de protesta, hasta que a fines de 1957 y principios de 1958 se paralizaron las actividades docentes por la huelga estudiantil.

Con la aurora del 1 de enero pude terminar los estudios secundarios graduándome de Bachiller en Ciencias y Letras con elevado índice académico. Quería estudiar la carrera de Medi-

cina, por vocación e impelida por la necesidad de médicos que tenía el país. Me sentí frustrada, pues no podía irme a estudiar a la Universidad de La Habana por no contar con recursos económicos ni familiares allí. No obstante, no me quedé al margen de lo que estaba pasando y, en 1961, respondí al llamado de la Revolución para iniciar la Campaña de Alfabetización. Me tocó alfabetizar a campesinos en la zona de Il Frente, lo que resultó una experiencia inolvidable. Posteriormente, me incorporé a la Asociación de Jóvenes Rebeldes y luego ingresé a las filas de la Unión de Jóvenes Comunistas.

El 10 de enero de 1962, cuando se proclamó la Reforma de la Educación Superior mediante la cual se preveía abrir la Escuela de Medicina de la Universidad de Oriente, fue una gran alegría para mí, aunque su apertura estaba condicionada a contar con los profesores necesarios para ello. El 10 de febrero de 1962, inició a su primer curso con una matrícula de 65 estudiantes y ocho profesores. Al año siguiente se inauguró la Escuela de Estomatología, así surgió la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Oriente. Por supuesto, yo solicité becarme porque era la única forma que tenía de poder cumplir mis estudios.

El plan de estudios contaba con un tiempo de duración de seis años, los tres primeros comprendían las ciencias básicas y preclínicas y los tres últimos las clínicas. Mediante la enseñanza de la Economía Política, del Materialismo Dialéctico e Histórico, de la Historia de la Medicina y de la Organización de la Salud Pública nos daban la oportunidad de formarnos una conciencia social que nos permitiera utilizar y aplicar los conocimientos del modo más conveniente para el pueblo.

En el plan se daba énfasis a la enseñanza práctica, el sexto año se dedicaba por entero a estudios y trabajos realizados en un hospital, en contacto directo con los pacientes. La Revolución demandaba la formación de un médico capaz de resolver los problemas que plantea una medicina preventivo-curativa integral, conocedor de la relación que existe entre la salud y el subdesarrollo económico, consciente de su papel en una sociedad socialista. Tenía que ser un médico clínico básico con adecuada preparación en las ciencias fundamentales de la carrera y con

un alto nivel en Medicina, Pediatría, Obstetricia y Ginecología, Cirugía Menor, Ortopedias y Traumatología e Higiene.

Producir ese tipo de médico solo era posible mediante una enseñanza activa y coordinada hacia las metas propuestas. Hoy se me hace difícil evaluar la calidad de aquel plan de estudios, pero lo que sí puedo aseverar es que aprendimos bien la medicina, porque dedicábamos mucho tiempo a trabajar con el paciente. Poco tiempo después fue modificado y se agruparon las materias en cuatrimestres y se estableció un cursillo de nivelación para bachilleres, previo a los estudios de Medicina.

Las clases se daban en una de las naves de metal que se construyó después de la cancha y contaba con una sala de disección y tanque de conservación, un laboratorio, un colorímetro y un equipo para baño de María. Además, de diez microscopios donados por el Ministerio de Salud Pública.

El primer director de la Escuela de Medicina fue el doctor Abdo Hernández González, cirujano, quien renunció al decanato y Profesor Auxiliar; como sustituto fue designado el doctor Carlos Mirabal Bahr. Los profesores eran graduados de la Escuela de Medicina de la Universidad de La Habana, recuerdo los nombres de Juan Díaz Sarduy, Héctor del Cueto Espinosa, Ángel Arias Lorente, Armando Valdés Valdés, Rolando Tamayo Gandol, Melba Puzo Hansen y Manuel de Jesús León Nogueras; más algunos médicos en ejercicio de aquí que se incorporaron a la docencia, entre los que recuerdo a los doctores Balón, Arango Ruiz, Roca Goderich.

Todo respondía al llamado Plan Santiago, que tenía como objetivo iniciar la docencia médica y desarrollar la asistencia médica rural y en el Hospital Provincial Saturnino Lora. Debo destacar que entre los fundadores de la Escuela de Medicina está el doctor Alberto Granados, gran amigo del Che.

A fines de ese año, durante los días de la Crisis de Octubre, estuve movilizada en la recogida de café en la zona montañosa de Los Pericos, en el III Frente, ya que había que cubrir la producción durante 45 días.

El estudio se tornaba muy difícil por la escasez de bibliografía y de profesores, al punto que en segundo año nos ame-

nazonaron con cerrar la carrera y mandarnos para la Universidad de La Habana, pero nos opusimos firmemente a esa medida. Fue en esas circunstancias que viví una de las experiencias más extraordinarias de mi vida estudiantil, la cual marcaría mi derrotero como médico asistencial y docente hasta que me jubilé: ser Alumna Ayudante.

Luego de presentarme a la convocatoria y ganar la ayudantía por concurso de oposición en la Especialidad de Anatomía Patológica, especialidad que carecía de especialistas y no resultaba de las más atractivas entre los estudiantes, empecé a laborar como Alumna Ayudante con la categoría de Instructor no graduado.

Las clases que recibía en una sección las replicaba a los estudiantes del curso inferior. De igual modo, hacía con las prácticas de autopsia y de láminas histológicas, todo eso en la Escuela y en el Hospital. No sabía nada de Pedagogía, pero me las ingeniaba para tratar de transmitir los conocimientos de la mejor manera a mis compañeros de carrera, eso entrañaba una gran responsabilidad y alta exigencia, pues teníamos que dedicar a esa labor no menos de quince horas semanales. Había que garantizar altos porcentajes de asistencia a clases y promoción.

Se realizaron encuentros de colectivos y acciones de superación docente, catalogadas estas últimas como insuficientes en los análisis realizados por la UJC. A esto se añadía mi participación activa en eventos científicos estudiantiles, mediante la presentación de ponencias con los resultados parciales de investigación, y en el resto de las actividades estudiantiles convocadas por la UJC y la FEU como las Brigadas Rojas de Trabajo Voluntario y la movilización hacia Bayamo y Manzanillo cuando el ciclón Flora en octubre de 1963, había que mantener la integridad.

A partir del tercer año ingresamos en el hospital a tiempo completo; hacíamos guardia en la sala y labores asistenciales, que también se realizaron en Vega del Jobo, Baracoa y Loma Azul en Manzanillo; de ahí pasé al Pico Turquino. En el sexto año en el Hospital Provincial Saturnino Lora hice el Internado Vertical de Anatomía Patológica.

Terminé los estudios en 1967, en la presidencia del acto de graduación, efectuado en las ruinas del antiguo Hospital Saturnino Lora, hoy Parque Museo Abel Santamaría. Se encontraban allí el Ministro de Salud, José Ramón Machado Ventura y otras autoridades. Me quedé a trabajar en el Hospital Provincial como Instructor Graduado hice la Residencia Médica. Luego, cumplí el Servicio Médico Social Rural (posgraduado). Muchos de mis compañeros de promoción todavía están en activo o murieron en el ejercicio de la profesión al servicio del pueblo y de la Revolución.